

Julio Martínez

¿Cuál es su estado de ánimo respecto a Chile?
—Comprobar que nos alejamos cotidianamente de lo que siempre fuimos. Cuatro, seis, ocho, diez millones de habitantes capaces de tolerarse, de pensar de distinta manera.

¿Cuáles son los defectos más notorios que usted advierte en la clase media chilena?

—La clase media ha sido palanca vital en la historia republicana de nuestro país. Me preocupa su resignación, porque ha caído en la indiferencia. Y de la indiferencia a la desesperanza hay un paso.

¿Cuáles son los defectos notorios que usted advierte en la clase más alta de Chile?

—Son los mismos que se advierten en las capas privilegiadas de casi todas las naciones. Pueden resumirse en una palabra: insensibilidad.

¿Cuáles son sus métodos o hábitos para "desenchufarse" del trabajo en días y horas de descanso?

—Trabajo los siete días de la semana de una manera u otra. Por eso las vacaciones me obsesionan y las espero con ansiedad infantil. El cine, un encuentro amigable, una incursión a Viña constituyen mi terapia.

¿Cómo recuerda su primer encuentro consciente con la tristeza?

—Cuando el Dr. De Amesti recomendó que debía ser hombrecito, porque mi padre tenía cáncer y pocos meses de vida. Fue en el Hospital Salvador. Murió cuando yo no cumplía los dieciocho años. Todavía me parece mentira.

¿De qué conductas suyas (o rasgos de carácter) se quejaban sus padres cuando usted era niño o adolescente?

Quizás una de mis frustraciones sea el no haber podido llegar a ser un hombre culto, admitió en un artículo hace algún tiempo. No se contenta con ser un "observador de detalles" ni "un reflexivo". Quisiera conocer "la historia, la evolución de la humanidad, de la tecnología".

"Siempre que leo un libro digo, ¡por Dios, cómo hay personas que saben tanto!"

Es el Julio Martínez insatisfecho en lo intelectual. Pero hay un Julio Martínez satisfecho en lo sentimental. Y así lo escribió:

"...Confieso que sufrí mucho por amor en mi adolescencia. Todas las mujeres que quise se casaron con otros. Pero la vida tiene sus vueltas. Esas mismas que una vez me despreciaron quisieron volver años más tarde. Cuando la suerte me había devuelto la mano. ¡Son esos desquites curiosos que suelen darse! Ya mayor me di el lujo de tener amores con las mujeres más lindas. Era tan notoria la cosa, que cada vez que iba por la calle escuchaba que decían: "¡Qué mujer más estupenda... y con el h... que anda... Ese pelao que sale por la tele!". Incluso hoy, tal como estoy, viejo, gordo y sin pelo, podría salir todos los días con una mujer distinta. Sin embargo, mi vida es otra".

Hay otro Julio Martínez. Es el hombre sensato, o como quiera usted llamarlo, que si se ve obligado a elegir entre las once camisetas de un equipo y las camisetas de once varas, se queda con las primeras. Lo ha dicho por escrito:

"Un periodista me aconsejó: Nunca ataques ni a

los curas, ni a los judíos, ni a los colocolinos. Digo esto a propósito de algunas críticas que siempre me hacen: ¿Por qué Julio Martínez no habla de política?... ¿Será que, como muchos colegas, mira todas las cosas a través de una pelota de fútbol? Creo que soy una excepción en esto, porque me doy el lujo de no hacerlo".

Y al referirse a los críticos chilenos surge un cuarto Julio Martínez: el orgulloso, que a veces tolera mal la censura. Escribió:

"El mayor defecto del chileno es el chaqueteo y la envidia. Aquí el que triunfa o es ladrón o es marica".

Julio Martínez Pradanos ha cumplido 62 años con la sensibilidad patrullándole sin cesar la piel y los ojos. Por su sensibilidad se ha hecho notorio en los medios de comunicación y por la misma causa fue protagonista de un hecho poco usual entre nosotros: sólo a la muerte de su madre se supo que mantenía un ya largo matrimonio, oculto por razones filiales: su esposa era separada y tenía dos hijos, situación que su madre no vería con buenos ojos por su formación religiosa.

"Era del siglo pasado, posesiva de su único hijo, de gran rigidez y alto sentido del cariño a la familia. En cuanto a mi esposa, ella es transparente, leal, de una comprensión ilimitada. Soy un hombre privilegiado, con dos mujeres maravillosas en mi vida, a pesar del sacrificio que me significó esa incompatibilidad".

Sobre la cabecera de la cama matrimonial, su esposa, Norma, ha colgado una fotografía de Julio Martínez niño en los brazos de su madre.



—Que no me amoldaba al menú cotidiano. Tuve una adolescencia difícil. Y la sopa con lágrimas suele resultar amarga.

Fuera de Chile, ¿dónde preferiría vivir?
—No lo he meditado. Podría ser Buenos Aires. O Madrid.

¿A qué le tiene miedo?

—A que de pronto pierda la buena salud.

¿Cuál es la libertad que usted valora más?

—La de expresión.

De muchacho habrá luchado y discutido por ideas e ideales que luego ha juzgado equivocados. ¿Recuerda alguno?

—A los veinte años el mundo se vive y observa muy diferente que a los cuarenta o a los sesenta. Jamás di mi voto a candidatos de extrema derecha o extrema izquierda. Si en Chile se hubiesen mantenido unidas las corrientes de clase media auténtica, otro habría sido el cantar nacional.

¿Qué programas de TV ve habitualmente?

—Ve televisión cotidianamente y cuando puedo. Obviamente, doy preferencia a los programas deportivos. También los musicales. Algunas películas de antaño me recuerdan que aún es posible trasnocharse. No he caído en el esnobismo de encontrar todo malo frente a la pantalla chica.

¿En qué condición su vida se haría casi intolerable?

—Sin afectos, sin cariño familiar, sin amor.

¿Cuente cómo experimenta y maneja su agresividad.

—Eso es lo malo, que no suelo manejarla... En todo caso, sé pedir perdón cuando corresponde, y dar una excusa si el ancestro me ha traicionado.

¿Cuándo se halla deprimido, ¿qué recuerdo le ayuda a sonreír?

—La música. En la casa, en el auto, donde sea. ¡Santo remedio!

¿Qué le hace reír a carcajadas?

—Más que los chistes, un diálogo chispeante. Algunas tertulias del Café "Santos" habría que grabarlas. Impagables por su espontaneidad.

¿Se ha sentido a ratos demasiado diferente a la mayoría, casi un ser extraño?

—De ninguna manera. No creo ser extraño. Más sensible, eso sí, que la mayoría.

¿Qué libro le gustaría escribir si usted tuviera todos los talentos?

—Me agradaría tener inspiración, facilidad, tiempo y creatividad para resumir cuanto he visto y observado a través de cuarenta años de profesión y volcarlos en sencillo compendio. Ni siquiera me atrevo a rememorar el sueño juvenil de ser poeta. Emular a Gustavo Adolfo Bécquer. Lo otro queda a la espera... porque no tengo esos talentos.

¿Cómo se definiría usted respecto al dinero?

—No sirvo para las cosas de dinero. No he sabido capitalizar y vivo al día. Durante seis meses ahorro para las vacaciones. Y los otros seis para los impuestos. Hay gente que me supone un hombre rico. Quien más lamenta esa inexactitud soy yo.

¿Ha sentido deseos de matar a alguien?

—Jamás.

¿Cuál es para usted la perfecta felicidad terrenal?

—Pensándolo bien, creo que no existe.

¿Qué le enfurece?

—La injusticia, y los semáforos cuando llevo prisa.

¿Qué experimenta cuando lo elogian con sinceridad?

—Halago. Satisfacción interior. Mucho depende de quién viene el elogio.

¿De qué fobia o temor infantil aún no logra liberarse?

—Siempre fui metódico y ordenado. No me gusta, por ende, que rompan mis moldes habituales ni que desordenen lo que cuesta ordenar. Soy defallista al respecto. Y a esta edad, con mayor razón.



"la clase media ha caído en la indiferencia"

Deporte preferido.

—Fútbol. Después el tenis. Y el básquetbol. Podría agregar el boxeo, cuando se identifica como el arte de la defensa propia. Pero el fútbol todavía no me aburre. Y, a veces, me apasiona.

Obligado a escoger entre una situación de desorden y una excesivamente ordenada, ¿cuál sería su decisión?

—Por hábito y formación, la ordenada.

Fuera de las letras o el periodismo, ¿cómo se ganaría la vida?

—Podría ser vendedor. O sea, comisionista. Todavía me siento capaz de convencer a un cliente.

¿Qué siente cuando piensa en la muerte?

—Siento pena por los afectos que dejo. Por mis seres más queridos. Lo digo con vanidad sincera o pretensión incontinente. Me van a extrañar.

¿Suele hablar cuando está sólo y nadie lo escucha?

—A cada rato. A toda hora y lugar. Manejar constituye un diálogo para mí.

¿Qué actitud juvenil le impacienta?

—La risa idiota y la falta de entereza para echar una talla de frente...

¿Cuándo lo domina un impulso irresistible de apagar la TV?

—En los noticieros de la medianoche. A la misma hora, con las mismas noticias, los mismos personajes, las mismas informaciones y los mismos enfoques.

¿Qué libros tiene hoy en su velador?

—En este instante tengo "Chile, tierra de Océano", de Benjamín Subercaseaux, y "Aprendiz de hombre", de González Vera.

¿Cuál ha sido su mejor edad?

—Los cuarenta.

¿Ha querido morir en alguna etapa de su vida adolescente o madura?

—No. La alegría de vivir ha sido hermana de afanes y compañera de ilusiones.

¿Qué don extraordinario le gustaría poseer?

—Ser un hombre culto.

¿Qué actitud femenina lo saca de quicio?

—La impuntualidad.

¿Qué rasgo físico suyo le incomodaba en su niñez?

—No he tenido problemas al respecto. Fui feo desde chico.

¿Qué es lo que más le gusta de sí mismo?

—La cordialidad.

¿Qué le desagrada más?

—No ser bien interpretado.

¿Qué siente frente a la homosexualidad?

—Cada cual con su gusto. Allá ellos.

¿Qué modelo humano le atrae en su juventud?

—Siempre sentí atracción por los grandes oradores.

¿Cuál es la coquetería masculina que Ud. acepta o practica?

—El piropo, la esgrima en el diálogo no exenta de ironía, en una palabra, la galantería perdida.

¿Cuándo usted habla de sí mismo, ¿le duele mucho interrumpirse?

—No se olvide que la televisión acentúa el ego.

¿Qué cosas aprende con facilidad y cuáles con esfuerzo enorme?

—Con facilidad, fechas, hechos relacionados con la profesión, estadísticas en general, en fin, lo que es mi mundo. También los versos. Me complica lo científico y lo que no entiendo. O sea, el noventa por ciento de las cosas.

¿Cuáles son las profesiones o actividades más distantes de su vocación?

—Todas.

¿Qué situación vivida por otras personas le produce siempre una envidia bajo control?

—No soy envidioso. Por el contrario, me solazo con el buen éxito de las personas que aprecio. Pero siento escozor por los que ganan tanto y hacen tan poco.

Rasgo de carácter que le ha hecho mayor daño.

—Soy desaprensivo en lo económico. No he sabido capitalizar.

Se dice que al vestirse todo hombre se disfraza. Al vestirse, diariamente, ¿de qué se disfraza?

—Pertenezco a la hornada que ya no necesita disfrazarse. Me visto de hombre maduro y nada más, con las licencias actuales. Por lo demás, la televisión obliga a mantenerse aferrado a una suerte de clasicismo.

gourmet para gozar cocinando

gourmet CARNE VEGETAL

Equivalente a 1 kilo de carne molida

carlos cramer productos aromáticos s.a.c.i.

PROTEINA

Bric à Brac

UN CLASICO... DE MODA

"En la intimidad del BRIC A BRAC, usted podrá disfrutar de una deliciosa comida clásica, o si prefiere, degustar la exquisita cocina Francesa. Podrá gozar de una agradable cena junto a su familia o de una exclusiva comida de negocios. Siempre en el BRIC A BRAC tenemos la mágica esencia de una excelente cocina."

Bric à Brac RESTAURANT

Un estilo clásico, de moda